

sabemos? Es necesario convenir en que este sería un modo extraño de discurrir.

Quiero, antes de concluir, fijar vuestra atención sobre dos circunstancias notables de nuestra época. Hablaré, en primer lugar, del protestantismo, que en todas partes se declara sociniano: lo que podrá llamarse *su ultimum*, tantas veces predicho á sus padres: es el mahometismo europeo, inevitable consecuencia de la reforma. Esta palabra *mahometismo* tal vez os sorprenda á primera vista; sin embargo, nada hay mas sencillo. Abadía, uno de los primeros doctores de la iglesia protestante, ha consagrado, como sabeis, un volúmen entero de su admirable obra *sobre la verdad de la religion cristiana*, á la prueba de la divinidad del Salvador. En este volúmen se establece, con gran conocimiento de causa, que si Jesucristo no es Dios, Mahoma debe ser incontestablemente considerado como apóstol y bienhechor del género humano, puesto que él lo hubiera arrancado de la mas culpable idolatría. El Caballero Jones ha notado en cierta parte que *el mahometismo es una secta cristiana*, lo cual reconocidamente es bastante comun. La misma idea ha sido espresada por Leibnitz, y antes de este por Jurieu (1). ¿Por qué el islamismo, que admite la unidad de Dios y la mision divina de Jesucristo, no ha de pertenecer al cristianismo, lo mismo que el arrianismo, que profesa igual doctrina? Hay mas: creo que podria sacarse del Alcoran una profesion de fé que embarazaria mucho la delicada conciencia de los ministros protestantes, si tuviesen que firmarla. Habiendo, pues, el protestantismo, en todas partes donde ha reinado, establecido casi generalmente el sociniano, es reputado de haber destruido el cristianismo en la misma proporción.

¿Os parece que semejante estado de cosas pueda durar, y que

(1) «Los mahometanos, aun cuando se diga lo contrario, son ciertamente una secta de cristianos, si es que á los hombres que siguen la impía heregia de Arrio se les dá el nombre de cristianos.»

(Wm. Jonnés' a description of Asia. Works, in 4.º, tom. V, página 588).

Es necesario confesar que los socinianos se aproximan mucho á los mahometanos. (Leibnitz, en sus obras en 4.º, tom. V, pág. 481. Espiritu y pensamientos del mismo, en 8.º, tom. II, pág. 84).

Los mahometanos son, como dice M. Jurieu, una secta del cristianismo. (Nicolás en el tratado de la unidad de la Iglesia, en 12.º; lib. III, capítulo 2, pág. 341). Puede añadirse, pues, el testimonio de Nicolás á los otros tres ya citados.

esa vasta apostasia no sea á la vez causa y presagio de un memorable fallo?

La otra circunstancia que os he hecho notar, y que es mucho mas importante, que á primera vista parece, es la sociedad bíblica. Sobre este punto, señor Conde, podré deciros con Ciceron: *novi tuos sonitus* (1). Vos no estais de acuerdo con la sociedad bíblica, y os confieso ingenuamente que habeis dado excelentes razones contra esta inconcebible institucion; y aun añadiré, que á pesar de mi cualidad de ruso, defiero mucho á vuestra Iglesia en esta materia; porque siendo en opinion de todo el mundo, en punto á proselitismo, tan hábiles obreros, que en mas de una ocasion habeis causado miedo á la política, no veo los motivos por qué no ha de confiarse á vuestro cuidado la propagacion del cristianismo, que tan bien entendeis. No disputaré, pues, sobre esto, con tal que me permitais reverenciar cuanto debo á ciertos miembros, y sobre todo, á ciertos protectores de la sociedad, de cuyas nobles y santas intenciones no es permitido dudar.

Sin embargo, creo haber encontrado en esta institucion cierta fase que no ha sido observada, y de que quiero haceros jueces. Escuchadme, pues.

Cuando un rey de Egipto (cuyo nombre y época ignoro) hizo traducir la Biblia en griego, creyó satisfacer, ó su curiosidad, ó su bien parecer, ó su política; pero los verdaderos israelitas vieron unánimemente, y con extremo desagrado, esta venerable ley arrojada, por decirlo así, á las naciones, dejando de hablar el idioma sagrado que la habia transmitido en toda su integridad desde Moisés á Eleazar.

Pero el cristianismo avanzó mucho mas, y los traductores de la Biblia trabajaban para hacer recorrer las Santas Escrituras bajo el idioma universal; de modo que los Apóstoles y sus inmediatos sucesores encontraron ya este trabajo hecho. La version de los Setenta se dejó oír súbitamente desde todos los púlpitos, y fué traducida en todas las lenguas vivas entonces, que la tomaron por testo.

En el día, aunque bajo diferente forma, sucede una cosa muy semejante. Sé que Roma no puede sufrir la sociedad bíblica, y que la mira como una de las máquinas mas poderosas que se han empleado jamás contra el cristianismo. Sin embargo, que no se alarme demasiado; y aun cuando la sociedad bíblica no supiese lo

(1) *Nosti meos sonitus* (Cic. ad. Att.).

que hace, no por eso alcanzará mejor suerte en la época futura, que la que en otro tiempo alcanzaron los Setenta, que ciertamente se dudaba muy poco del cristianismo y del éxito que debía tener su traducción. Una nueva efusión del Espíritu Santo: estando por otra parte en la esfera de las cosas más razonablemente esperadas, conviene que los predicadores de este nuevo don puedan citar la Santa Escritura á todos los pueblos. Los apóstoles no son traductores; tienen otras ocupaciones; pero la sociedad bíblica, instrumento ciego de la Providencia, prepara estas diferentes versiones, que los verdaderos enviados explicarán algún día en virtud de una misión legítima (nueva ó primitiva, no importa), que echará la duda de la ciudad de Dios (1); y de este modo, los enemigos mismos más terribles de la unidad trabajan por establecerla.

EL CONDE.

Estoy contentísimo, mi excelente amigo, de que vuestras brillantes explicaciones me conduzcan á mi vez á espesarme de una manera capaz de convenceros, que no tengo la gran desgracia de hablar de lo que no entiendo.

Querriais, pues, que se tuviese con vos la estremada bondad de explicaros lo que es un iluminado. No negaré que se abusa muchas veces de este nombre, y que se toma en la acepción que se quiere; pero si por una parte deben despreciarse ciertas decisiones adoptadas con lijereza, y que por desgracia son muy comunes en el mundo, es necesario, sin embargo, por otra parte, no contar para nada con esa desaprobación vaga, pero general, y que acompaña á ciertos nombres. Si el de iluminado nada tuviese de vituperable, no podría concebirse cómo la opinión, constantemente engañada, podría oírle pronunciar sin añadirle la idea de una exaltación ridícula ó de otra cosa peor. Pero puesto que me habeis requerido formalmente á que os diga lo que es un iluminado, voy á satisfaceros, con la seguridad de que tal vez haya pocos hombres que puedan juzgar con datos tan positivos como yo.

En primer lugar, no diré que todo iluminado sea francmasón; diré, sí, que lo eran todos cuantos he conocido en Francia. Su dogma fundamental es, que el cristianismo, tal como hoy le conocemos,

(1) *Fides dubitationem eliminat é civitate Dei* (Huct, de imbecill. mentis humanæ, lib. III, núm. 13).

no es más que una verdadera *logia azul*, hecha para el vulgo; pero que depende del hombre de voluntad elevarse de grado en grado hasta conocimientos sublimes, tales como los poseían los primeros cristianos que eran los verdaderos iniciados; y esto es lo que algunos alemanes han llamado *cristianismo trascendental*. Esta doctrina es una mezcla de platonismo, de origenianismo y de filosofía hermética sobre una base cristiana.

Los conocimientos sobrenaturales son el grande objeto de sus trabajos y sus esperanzas: no dudan que sea posible al hombre ponerse en comunicación con el mundo espiritual, tener un comercio con los espíritus y descubrir de este modo los más extraordinarios conocimientos.

Su práctica invariable es dar nombres extraordinarios á las cosas más conocidas bajo nombres consagrados; así un hombre para ellos es un número y su nacimiento emancipación. El pecado original se llama crimen primitivo; los actos del poder divino ó de sus agentes en el universo, se llaman bendiciones y las penas impuestas á los culpables, padecimientos. Muchas veces yo mismo les he causado padecimientos, cuando les echaba en cara, que todo cuanto decían de verdad, no era sino el catecismo desfigurado con palabras extrañas.

Hace ya más de treinta años que tuve ocasión de convencerme, en una ciudad de Francia, de que cierta clase de iluminados tenía grados superiores, desconocidos á los iniciados admitidos á sus juntas ordinarias; y que tenían también un culto y unos sacerdotes á quienes llamaban con el nombre hebreo *cohen*.

No se sigue de aquí que deje de haber, y realmente hay en sus obras cosas verdaderas, razonables é interesantes; pero están desconocidas, por lo que les han añadido de falso y de peligroso, sobre todo á causa de su aversión, á toda autoridad y gerarquía sacerdotal. Este carácter es general en ellos, y jamás he encontrado una escepcion perfecta entre los numerosos adeptos que he conocido.

El más instruido, el más sabio, y el más elegante de los teósofos modernos, Saint-Martin, cuyas obras fueron el código de los hombres de quienes hablo, participó no obstante de ese carácter general. Murió sin haber querido admitir un sacerdote que le proporcionara los auxilios y consuelos espirituales, y sus obras presentan la prueba más evidente de que no creía en la legitimidad del sacerdocio cristiano (1).

(1) Saint-Martin murió en efecto el 13 de octubre de 1804, sin haber

Protestando que jamás había dudado de la sincera conversión de La Harpe, añade: que *le parecía que este célebre literato no se había dirigido por verdaderos principios* (1).

Pero lo que mas llama la atención es el prefacio que colocó al principio de su traducción de la obra *de los tres principios*, escrita en alemán por *Jacobo Bohme*. Allí es donde después de haber justificado hasta cierto punto las injurias vomitadas por este fanático contra los sacerdotes católicos, acusa á nuestro sacerdocio (2) diciendo, que Dios no ha sabido establecer en su religión un sacerdocio tal cual debiera ser para llenar sus divinas miras. ¡Blasfemia atroz! Testimonio de los primeros pasos de este escritor que dan clara idea de lo que se puede esperar de los sucesivos. Seguiré, sin embargo, señores, mi propósito, bien seguro de que el Todopoderoso no pudo engañarse ni engañarnos; y mientras que los *piadosos* discípulos de Saint-Martin, dirigidos según la doctrina de su jefe por *los verdaderos principios*, se empeñan en atravesar los mares á nado, yo dormiré en paz en esta barca que navega felizmente á través de los escollos y de las tempestades por espacio de diez y ocho siglos cumplidos.

Espero, caro Senador, que no me hareis cargo por hablar de los iluminados sin conocerlos. Los he visto mucho, y he copiado escritos suyos por mi propia mano. Esos hombres entre los cuales he tenido amigos, me han edificado alguna vez, me han hecho reír muchas, y muchas también.... pero no quiero recordar ciertas cosas. Quiero al contrario examinarlas por el punto de vista favorable. Os he dicho mas de una vez que esta secta puede ser útil en los países separados de la Iglesia, porque conserva el sentimien-

querido recibir un sacerdote (Mercurio de Francia, 18 de marzo de 1809, núm. 408, pág. 499 y sig.)

(1) El diario que el interlocutor acaba de citar no explica absolutamente el hecho en los mismos términos: no es tan lacónico y expresa mejor las ideas de Saint-Martin. «Protestando, dice el periodista, de la sinceridad de la conversión de La Harpe, añade sin embargo, que no la creía dirigida por las verdaderas vías luminosas.» Ibid. (Nota del editor).

(2) En el prefacio de la traducción citada, Saint-Martin se expresa de la manera siguiente: «á ese sacerdocio es á quien debió pertenecer la manifestación de todas las maravillas y de todas las luces de que el corazón y espíritu del hombre tienen tanta necesidad» (París 1802, en 8.º, prefacio, pág. 3).

En efecto, este pasaje no tiene necesidad de comentario. Resulta con evidencia que según él, no hay necesidad de sacerdocio, y que el Evangelio no basta para satisfacer el corazón y el espíritu del hombre.

to religioso, acostumbra al espíritu á someterse al dogma, le sustrae á la acción deletérea de la reforma que no tiene límites y lo predispone para la reñion. Recuerdo muchas veces con la mayor satisfacción, que entre los muchos iluminados protestantes que he conocido, no he encontrado jamás esa aspereza que debería expresarse con un nombre particular, porque no se parece á ningun otro sentimiento de la naturaleza: al contrario, no he encontrado en ellos mas que bondad, dulzura y hasta piedad, entendida á su manera. Y no en vano, porque creo que se alimentan del espíritu de S. Francisco de Sales, de Fenelon, de Santa Teresa: la misma Madama Guyon, cuyos escritos saben de memoria, no les será inútil. Sin embargo, á pesar de estas ventajas, ó por mejor decir, á pesar de estas compensaciones, el iluminismo no es menos mortal bajo el imperio de nuestra Iglesia y de la vuestra también, en cuanto trata de destruir por sus cimientos la autoridad, que es la base sobre que descansa nuestro sistema.

Os confieso, señores, que no sé cómo conciliar un sistema que no quiere creer mas que en los milagros, y que exige absolutamente que los obren los sacerdotes bajo pena de ser declarados nulos. Blair ha compuesto un hermoso discurso sobre estas palabras tan conocidas de S. Pablo: «Nosotros no vemos ahora las cosas mas que como un espejo, y bajo de imágenes oscuras (1).» Prueba concluyentemente que si tuviésemos conocimiento perfecto de lo que pasa en el otro mundo, se alteraria, y muy pronto quedaria aniquilado el orden de este, porque instruido el hombre de cuanto le espera, no tendria ya deseo ni fortaleza para obrar. Considerad solamente la brevedad de nuestra vida. Menos de treinta años se nos han concedido por lo comun. ¿Quién puede creer que semejante ser esté destinado á tratar con los ángeles? Si los sacerdotes estuviesen instituidos para las comunicaciones, revelaciones, manifestaciones, etc., lo extraordinario sería por consecuencia nuestro estado ordinario. Esto sería á la verdad un gran prodigio: pero aquellos que quieren milagros, son los mismos que son dueños de obrarlos todos los dias. Los verdaderos milagros son las buenas acciones, hechas á despecho de nuestro carácter y de nuestras pasiones. El jóven que contiene sus miradas y refrena sus deseos en presencia de la hermosura, es mas grande taumaturgo que Moisés.

(1) Videmus inicie per speculum in enigmate (Epist. ad Cor. capitulo XIII, 12).

¿Y qué sacerdocio no recomienda esta especie de prodigios? La sencillez del Evangelio oculta muchas veces su profundidad: en él se lee: *Si ven milagros no querrán creer*; nada es mas profundamente cierto. La claridad de la inteligencia, nada tiene de comun con la rectitud de la voluntad. Sabeis muy bien, mi antiguo amigo, que si ciertos hombres llegasen á encontrar lo que buscan, podrian muy bien hacerse culpables en vez de perfeccionarse. ¿Qué nos falta en el dia, puesto que somos dueños de obrar el bien? ¿Y qué falta á los sacerdotes, puesto que han recibido el poder de intimar la ley y de perdonar sus transgresiones?

Que hay misterios en la Biblia es lo que no admite duda, pero á decir verdad poco importa. Me importa muy poco saber lo que es un *vestido de piel*. ¿Lo sabeis vos mejor que yo, vos que trabajais por saberlo? ¿Y seremos mejores si llegamos á saberlo? Os lo repito otra vez, buscad, inquirid cuanto querais; guardaos sin embargo de llegar demasiado lejos y de engañaros entregándoos á vuestra imaginacion. Está escrito como habeis dicho: *escudriñad las Escrituras*; pero, ¿cómo y por qué? Leed el testo. *Escudriñad las Escrituras y vereis que dan testimonio de mí* (Joan. V. 39). Se trata, pues, de un hecho cierto, y no de indagaciones interminables respecto del porvenir que nos espera. En cuanto al otro testo, *las estrellas caerán*, ó por mejor decir, *estarán decaídas ó desfallecientes*; el evangelista añade inmediatamente *que las virtudes del cielo quedaron atemorizadas*, espresion que no es mas que la traduccion rigurosa de las precedentes. Las estrellas que veis caer en una hermosa noche de estío, os lo confieso, no hieren mas mi inteligencia. Pero volvamos ahora...

EL CABALLERO.

Permitidme que os interrumpa por un momento para quejarme á nuestro buen amigo de una proposicion que se le ha escapado. Nos ha dicho en estos mismos terminos: *Vos no teneis ya héroes*; lo cual no puedo tolerar. Vindiquense las otras naciones del modo que puedan; pero yo no cedo cuando veo atacado el honor de la mia. El sacerdote y el caballero francés son parientes, y el uno es lo mismo que el otro *sin temor y sin tacha* (sans peur et sans reproche). Hay que ser justo, señores; yo creo que para la gloria é intrepidez sacerdotal, la revolucion ha presentado escenas que no ceden en nada á cuanto la historia eclesiastica ofrece mas brillante

en este género. Los asesinatos de los Carmelitas, el de Quiberon y otros hechos particulares, resonarán perpétuamente en el universo.

EL SENADOR.

No me riñais mas, querido Caballero; sabeis y lo sabe igualmente vuestro amigo que me inclino con el mayor respeto ante las gloriosas acciones que han ilustrado al clero francés durante el espantoso período de la revolucion de su pais. Cuando he dicho: *Vos no teneis ya héroes*, he hablado en general y sin escluir ninguna noble escepcion, queriendo indicar tan solo cierta debilidad universal que conoceis tan bien como yo; pero no quiero insistir sobre el particular y os restituí la palabra, señor Conde.

EL CONDE.

Voy, pues, á usar de ella puesto que uno y otro lo quereis. Aguardais un grande acontecimiento; sabeis que sobre este punto estoy de acuerdo con vosotros, segun me he esplicado con bastante claridad en una de nuestras primeras veladas. Os agradezco vuestras reflexiones sobre este grande asunto, y particularmente la esplicacion tan sencilla, tan natural, tan ingeniosa del *Poion* de Virgilio, que me parece se ha hecho absolutamente aceptable al tribunal del sentido comun.

No os agradezco menos lo que me habeis dicho sobre la sociedad bíblica. Sois el primer pensador que ha podido reconciliarme algo con una institucion que descansa esencialmente en un error capital; porque no la lectura, sino la enseñanza de la Escritura santa es lo útil: la dulce paloma que tragando el grano, y medio triturándolo, lo distribuye en seguida á sus polluelos, es la imágen natural de la Iglesia, esplicando á los fieles la palabra escrita que ella ha puesto á su alcance. Leida sin notas y sin esplicacion, la Escritura santa es un tósigo. La sociedad bíblica es una obra protestante, y como tal debemos condenarla; por otra parte, mi querido amigo, ¿podreis negar que encierra, no digo multitud de indiferentes, sino socinianos, deistas consumados, y digo mas; enemigos mortales del cristianismo? No me respondeis.... ó creéis que vale mas no responder.... ¡Ved, sin embargo, á esos singulares propagadores de la fe! ¿Podeis tampoco negar las alarmas de la Iglesia anglicana, aun cuando no las haya espresado formalmente?

¿Podeis ignorar que las *miras secretas* de esta sociedad han sido discutidas con horror en una multitud de obras compuestas por doctores ingleses? Si la Iglesia anglicana que encierra tan grandes inteligencias ha guardado silencio hasta el presente, es porque se encuentra en la alternativa de aprobar una sociedad que la ataca, ó de abjurar el insensato dogma fundamental del protestantismo, *que es la opinion particular*. Podria hacer otras objeciones contra la sociedad bíblica, y la mas contundente es la que vos, señor Senador, le habeis hecho, *respecto al proselitismo; el que desagrade á Roma no vale nada*. Esperemos, los resultados decidirán la cuestion. No cesan de hablarnos del número de las ediciones, pero que se nos hable algo de las conversiones. Sabeis, que por lo demás, yo hago justicia á la buena fe que se halla diseminada en la sociedad, y hasta respeto sobre todo los grandes nombres de algunos protectores. Este respeto es tal, que muchas veces me veo sorprendido disputando contra mí mismo sobre el asunto que nos ocupa en este momento, para ver si encuentro algun medio de transigir con la intratable lógica. Juzgad si abrazaré con emociion el brillante y enteramente nuevo punto de vista, bajo el cual me haceis vislumbrar en una remota profecía el efecto de una empresa, que separada de esa consoladora esperanza, espanta la religion en vez de regocijarla.

Cætera desiderantur.

Hasta aquí el texto de las Veladas, conforme fueron publicadas por el autor: posteriormente se han dado á la prensa otras obras del mismo, y entre las inéditas encontramos el trozo que vamos á insertar á continuacion como final de su obra, la que se halla por desgracia manifiestamente sin concluir, el cual trozo creemos no se haya dado en ninguna de las ediciones hasta hoy publicadas: pudiendo, por lo tanto, asegurar que esta edicion es la mas completa que se ha impreso.

PROYECTO DE FINAL

DE LAS

VELADAS DE S. PETERSBURGO.

EL CONDE.

Al comenzar estas Veladas, no esperábamos vernos separados sino por la muerte, mis queridos amigos; pero observad que la Providencia, en un abrir y cerrar de ojos, ha trastornado el mundo: cambian las obligaciones con las mudanzas políticas; vos, querido Caballero, sois el primer llamado. Id, pues, id á poner os bajo las banderas del honor, á manifestar á vuestros amos honrosas cicatrices, y á ofrecerle la sangre que os queda; id con el valor de los mártires, y sin otra esperanza que la que les animaba; porque no hay que hacerse ilusiones; no hay esperanza en el mundo para la fidelidad: en las grandes revoluciones las victimas puras no mueren todas del primer golpe; son heridas dos veces: tal es vuestro destino. Partid; yo sabré vuestra suerte, y la mia, que debe asemejarse á la vuestra, no os será tampoco desconocida.

Bien pronto ya no os veremos, mi querido Senador; mirad mis lágrimas; ellas os probarán que jamás os alejareis de mi memoria. Los dias en que vuestras cartas me indiquen que existís, es decir, que me amais, serán para mí dias de regocijo. ¡Ojalá que pueda proporcionaros yo otros iguales!—Hasta mi último suspiro no dejaré de recordar á la Rusia y hacer votos por ella. Naturalizado por la benevolencia que he encontrado en medio de sus habitantes, me considero reconocido cuando tratan de probarme que soy ruso. Vuestra felicidad ocupará siempre mi pensamiento.—¿Qué vais á hacer en medio del quebranto general de los espíritus, y cómo se unirán tantos elementos diversos que un corto espacio de tiempo ha reunido entre vosotros? La fé ciega, las groseras ceremonias, las doctrinas filosóficas, el luminismo, el espíritu de libertad, la obediencia pasiva, el ísbak y el palacio, los refinamientos del lujo y